

Thomas Carlyle

SOBRE LOS HÉROES

*El culto al héroe
y lo heroico en la historia*

Prólogo de Miguel Cisneros Perales
Traducción de Pedro Umbert



HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

ATHENAICA
EDICIONES

HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

Thomas Carlyle

Historia de España

Director del Consejo

SOBRE LOS HÉROES

SOBRE LOS HÉROES



Historia de España

XVC, M. J. L.
5/8/2021

Indice

Thomas Carlyle

SOBRE LOS HÉROES

*El culto al héroe
y lo heroico en la historia*

Prólogo de Miguel Cisneros Perales

Traducción de Pedro Umbert

HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

ATHENAICA

EDICIONES

eran arrojadas a los reinos de Hela, divinidad de la muerte. A esto se reducía, eso creo, todo el espíritu de las creencias nórdicas. El corazón les decía a aquellos guerreros que era necesario ser valientes; que si eran cobardes, Odín les retiraría su favor, los despreciaría, los arrojaría de su presencia. ¿No hay en esto algo que merece llamar poderosamente la atención? Existe un deber sempiterno, constante en nuestros tiempos, como en los pasados: el deber de ser valientes. Valor es cosa que tiene precio. El primer deber del hombre es aún el de dominar, el de subyugar el temor. Presa de los lazos del temor, no podremos jamás obrar libremente. Bajo el influjo del miedo, las acciones todas del hombre lo son del esclavo, no verdaderas, sino aparentes; son falsos sus más íntimos pensamientos; piensa y continuará pensando como un esclavo, como un cobarde, mientras no logre verse libre del miedo, mientras no le haga morder el polvo. El credo de Odín, si podemos lisonjearnos de haber interpretado bien su espíritu, es aún hoy verdadero. Un hombre debe, por fuerza, ser valiente; necesita avanzar, marchar adelante, y portarse como se portan los hombres, confiando, sobre todas las cosas, sin vacilaciones, en lo que los poderes superiores tienen decretado, sin temer nada en absoluto. Ahora y siempre, la envergadura de la victoria que alcance sobre el miedo determinará el grado de su hombría.

No hay duda de que el valor de los antiguos escandinavos era del género más salvaje. Cuenta Snorro que consideraban gran vergüenza y una de las mayores desdichas y miserias la de no morir en el campo de batalla. Cuando creían que iba a sobrevenirles la muerte natural, solían inferirse heridas en la propia carne para que Odín los recibiese con los honores de guerreros muertos en combate. Los reyes ancianos y próximos a dejar la vida mandaban que se les trasladase a una nave dispuesta para lanzarse mar adentro, a toda vela y ardiendo a fuego lento, a fin de que, una vez en mar adentro, el incendio la envolviera en sus llamaradas y sepultase dignamente de aquel modo al anciano héroe, dándole a la vez por tumba el firmamento y el océano. En verdad que era valor sanguinario y salvaje, pero valor al fin

le plazca, lo mismo en este que en el otro mundo. Que lo que Él nos envíe, aunque fuere la misma muerte o cosa peor todavía, no puede menos de ser una cosa buena, lo mejor; y que, por tanto, debemos resignarnos a la voluntad de Dios. «Si esto es el Islam —dice Goethe—, ¿no vivimos todos nosotros en el Islam?». Sí; todos cuantos tenemos una vida moral vivimos así. Siempre se consideró como asunto de la mayor sabiduría en un hombre lo de someterse no meramente a la ley de la Necesidad —la Necesidad someterá al hombre—, sino saber, conocer y creer sin vacilación que las duras y severas pruebas ordenadas por la Necesidad son lo más sabio, lo mejor, lo que precisamente hacía falta allí. Añadía Mahoma que se debía desechar la loca pretensión de escudriñar los divinos misterios de la Creación en el rincón mezquino de nuestra corta inteligencia; que le bastaba saber que había verdaderamente, aunque profunda y harto lejos de sus alcances, una ley justa y de excelente espíritu; que su deber era conformarse humildemente a las prescripciones de esa ley universal, acatarla religiosamente en silencio y obedecerla sin ningún género de vacilaciones y sin cuestionarla.

Por mi parte, afirmo que continúa siendo esta la única y verdadera moralidad que se conoce. El hombre virtuoso a quien la razón asiste debe tener la seguridad de la victoria, y es invencible porque se inspira en la gran y profunda ley del mundo, a despecho de la superficialidad de otras leyes cualesquiera, pasajeras semblanzas y cálculos sobre pérdidas y beneficios. El hombre será victorioso e invencible mientras siga cooperando a los fines de esa gran ley central, y a buen seguro que la primera oportunidad de cooperar o ponerse en contacto con ella es la de que conozca con toda su alma que es buena, ¡que ella y solo ella es buena! Ese es el espíritu del islamismo, y también del cristianismo, porque el Islam viene a ser una forma confusa del cristianismo, y a no haber existido este, no habría aquel tenido vida. El cristianismo nos ordena también, ante todas las cosas, resignarnos a la voluntad de Dios; que no debemos tomar consejo de la carne, ni nutrirnos de vanas cavilaciones, ni dar vida a quiméricos pesares

completo de pertenecer a la caballería cristiana. Murió asesinado en la mezquita de Bagdad, y era tal su generosidad, candor y confianza en la buena fe de los demás, que, poco antes de morir, decía: «Si la herida no es mortal, quiero que se perdone al asesino; pero si la herida es de muerte, quiero que se le mate en el mismo momento en que yo expire, a fin de comparecer ambos a la misma hora ante la presencia de Dios, para ver cuál de los dos era el verdadero culpable».

Como era de esperar, Mahoma ofendía con sus predicaciones a los koraítas guardianes de la Kaaba, superintendentes de los ídolos. Se le habían unido uno o dos hombres de influencia; la cosa marchaba muy despacio, pero no dejaba de ganar camino. Es natural que sus innovaciones no parecieran bien a nadie. «¿Quién es ese hombre —decían— que pretende ser más sabio que todos nosotros, que a todo el mundo censura, y que nos tacha no solo de infelices majaderos, sino también de estúpidos adoradores de leños?» Abu Thaleb, su buen tío, fue a hablarle. «¿No podrías callarte —le dijo—, y dejar todo eso, y, en todo caso, guardarlo para ti solo, sin alborotar a los demás ni enojar a la gente importante, exponiéndote tú y comprometiéndonos a todos, si continúas hablando como lo haces?» Mahoma le contestó: «Si el sol estuviese en mi mano derecha y la luna en mi mano izquierda, y me ordenasen callar, no obedecería». No; había cierta cosa en aquella verdad suya que no era cosa de él, sino de la misma naturaleza, del mismo orden que el sol y la luna u otra cosa cualquiera que hubiera creado la naturaleza. Él tenía que hablar en tanto Dios poderoso se lo permitiese, a pesar del sol y de la luna, de los koraítas, de todos los hombres y de todas las cosas. Había de llevar a cabo y sin remisión su propósito. Así contestó Mahoma, y dicen que prorrumpió en sollozos, porque sentía la buena intención de su tío Abu Thaleb, y comprendía asimismo que no era suave la tarea que se echaba sobre sus hombros, sino muy grande y muy pesada carga.

Y siguió hablando a cuantos querían escucharle, publicando su doctrina entre los peregrinos que llegaban a La Meca, ganando seguidores en todos lugares. Le rodeaban continuamente odios ocultos,

suasión y del discurso. Pero ahora, arrojado ignominiosamente de su patria, ya que la injusticia de los hombres se negó a prestar oídos a la palabra bajada de los mismos cielos a los hondos lamentos de su corazón, y ni aun quiso dejarle vivir si proseguía hablando, el indómito hijo del desierto resolvió defenderse, y defenderse como un hombre y como un árabe. Los koraitas así lo quieren, y así lo tendrán. No han querido prestar atención a voces que traían importantes nuevas, no solo para ellos, sino para todos los hombres, sino que han procurado exterminarlas con el hierro, con la muerte, con todas las violencias; sean, pues, el hierro y la violencia quienes decidan. Diez años más vivió Mahoma; diez años de batallar sin descanso, de esfuerzos inauditos; el resultado de todos es sabido.

Acerca de la manera como Mahoma propagó su religión por medio de la espada se ha escrito mucho. No hay duda que la propagación del cristianismo, por medio de la predicación y la convicción, fue mucho más noble. Pero si hay que tomar esto como argumento de la verdad o falsedad de una religión, confesaremos que sería un error capital. ¡La espada! ¿Dónde está la espada? Toda nueva opinión se encuentra en su principio precisamente en una minoría formada por uno, reside en la mente de un solo hombre. Entre todos los habitantes de la tierra, solo un hombre la cree, y ese hombre está contra todos los hombres. De poco le servirá tomar una espada y tratar de propagar su fe por medio de ella. En primer lugar, falta conseguir el arma. Por regla general, una cosa se propaga por sí misma, como puede, por virtualidad propia. Ni en la misma religión cristiana dejó de hacerse uso de la espada cuando pudo estar al alcance de su servicio. No convirtió Carlomagno a los sajones por medio de la predicación. Poco me importa la espada; dejemos que una cosa luche en este mundo por sí misma, bien con el arma, o con la lengua, o con otro instrumento cualquiera de que pueda valerse. La dejaremos predicar, hablar, escribir, pelear y hacer todos los esfuerzos imaginables con el pico y con las garras, y con todo cuanto encierre vida, en la seguridad de que, a la larga, nada se conquistará que no merezca ser

fue cercenar y restringirlas, combatiéndolas por todas partes. Su religión no es de fácil práctica: rigurosos ayunos, abluciones, estrictas y complejas fórmulas, ejercicio de la oración cinco veces al día y total abstinencia de vino. No debió, pues, su éxito a ser una religión fácil, ni por estos medios lograría jamás religión o religiosidad alguna alcanzar buenos resultados. Es calumniar al hombre decirle que solo por medio de las comodidades, o la esperanza del placer, o de las recompensas, se le excita a las acciones heroicas; por el camino de las golosinas no se llega a ningún lado, ni en este ni en el otro mundo. En el mortal más envilecido hay siempre alguna cosa noble. Hasta en el mercenario que se alquila para hacerse matar hay su honor de soldado, distinto en verdad al honor del recluta, con su chelín e instrucción disciplinaria. No a satisfacerse con dulces placeres, sino a ejecutar y llevar a cabo nobles y generosas empresas, y aun a vindicarse a sí mismo bajo el altísimo firmamento de Dios, como criatura hecha a imagen de la divinidad, a eso es a lo que aspira el más pobre hijo de Adán, aunque indefinida y a duras penas. Indícale la manera de hacerlo, y aun el ganapán más torpe cobrará alientos y se volverá héroe. Quien diga que al hombre se le puede seducir con los halagos del placer, le calumnia. Las dificultades, la abnegación, el martirio, la muerte son los únicos incentivos que influyen en el corazón humano. Encended la parte más íntima de su vida genial y obtendréis una llama que consumirá todas las consideraciones menos nobles. No la felicidad, sino algo más alto, y esto se ve, con su punto de dignidad, hasta en las clases más frívolas. No lisonjeando los apetitos, sino despertando lo heroico que dormita en todos los corazones, es como gana toda religión sus prosélitos.

Dígase lo que se quiera de Mahoma, nadie podrá acusarle de haber sido un hombre sensual. Sería gran equivocación considerarle como un voluptuoso vulgar, sin otro anhelo que la satisfacción de groseros placeres, o incluso de cualquier placer. Su casa era de las más frugales: su dieta común, pan de cebada y agua; a veces pasaban meses sin que se encendiese fuego en su hogar. Se recuerda con justo orgullo

«La historia del mundo es la biografía de los grandes hombres». Durante el mes de mayo de 1840, Thomas Carlyle pronunció seis conferencias en seis días distintos sobre la temática de los héroes. Un año después, en 1841, se publicó en Londres la recopilación de aquellos discursos en un libro con el título *On Heroes, Hero-Worship and The Heroic in History* (*Sobre los héroes, el culto al héroe y lo heroico en la historia*). El héroe de Carlyle es aquel individuo apegado, enraizado y empujado por la causa de la Realidad, de los Hechos, que da su vida para combatir contra la Falsedad y las Apariencias. En parte, para Thomas Carlyle, la Humanidad avanza en la Historia gracias a la aparición de grandes hombres, los héroes, que, con su acción y palabra, van marcando el devenir de todos los demás hombres.

Desde los tiempos remotos del paganismo nórdico hasta el, mucho más cercano al autor, siglo XVIII, al cual Carlyle denomina despectivamente el siglo escéptico; desde el nacimiento del Islam hasta la Revolución Francesa; *Sobre los héroes* incluye en su análisis, estudiados bajo las categorías del héroe como dios, profeta, poeta, sacerdote, hombre de letras o rey, a personajes tan variopintos como Odín, Thor, Mahoma, Dante, Shakespeare, Lutero, John Knox, Samuel Johnson, Rousseau, Robert Burns, Oliver Cromwell o Napoleón.

www.athenaica.com

